

Introducción

Plugo a Dios darnos en palabras la revelación de sus propósitos. Es, por consiguiente, absolutamente necesario entender, no sólo el significado de las palabras mismas, sino también las leyes que imperan en el uso y las combinaciones de las palabras.

Todo idioma tiene sus propias normas gramaticales. Sin embargo, cuando queremos poner de relieve el poder de un vocablo o la fuerza de una expresión, tenemos que dejar a un lado el uso común del lenguaje y usar las palabras y las expresiones en una forma diferente. A estas nuevas formas llamamos *figuras de dicción*. Los clásicos de la antigua Grecia organizaron con ellas todo un sistema científico y pusieron nombre a más de doscientas. Los romanos siguieron la misma pauta. Pero, con el declive de la cultura durante la Edad Media, tales figuras cayeron en desuso. Pocos han sido los escritores, a partir de entonces, que les han prestado de vez en cuando alguna atención y han presentado unos pocos ejemplos triviales, pero el conocimiento de esta antigua ciencia se ha olvidado hasta el punto de que los nombres que los antiguos pusieron a tales figuras se usan hoy en un sentido diferente y, con frecuencia, opuesto al que en un principio tuvieron.

Estas múltiples nuevas formas que las palabras y las expresiones adquirieron, fueron llamadas por los griegos *skhéma*; por los romanos, *figura*. Ambos términos connotan el sentido de «forma» o «contorno». Así, cuando nos referimos a una persona diciendo que es una «figura», queremos decir que se sale de lo corriente, ya sea en el vestir o en cualquier otro aspecto. El término griego *skhéma* sale, p. ej., en 1 Corintios 7:31, «*la apariencia —la forma exterior (v. Ro. 12:2)— de este mundo pasa*»; Fil. 2:8, «*hallado en su porte exterior...*». El término latino *figura* procede del verbo *ingere* = modelar un objeto de cera o de ba-

ro, etc., y ha pasado a nuestro idioma en palabras como «figura», «transfigurar», «configuración», «efigie», etc.

Usamos ahora la palabra «figura» en varios sentidos. Su sentido original se aplicaba a toda marca, línea o «esquema» que presenta una forma, contorno, etc. Las figuras aritméticas, p. ej., son ciertas marcas o formas que representan números (1, 2, 3, etc.). Todos los demás sentidos, secundarios o derivados, del término «figura» retienen, de algún modo, su sentido original.

Si la aplicamos a las palabras, una *figura* denota cierta forma que un término o una frase toman, diferente de su forma ordinaria y natural. Esto tiene siempre por objeto añadir fuerza, vida, énfasis o intensidad de sentimiento. Actualmente, sin embargo, se habla del «lenguaje figurativo» como de algo que oscurece el sentido y priva a las palabras de su fuerza expresiva. Cuando se cita una porción de la Palabra de Dios, se encuentra uno con la exclamación de: «Oh, eso es en sentido figurado» —dando a entender que se ha debilitado el sentido, o que tiene otro sentido o, en fin, que no tiene ningún sentido. Pero es precisamente todo lo contrario, puesto que una *figura* nunca se usa sino para *añadir* fuerza a la verdad que se quiere expresar, de modo que su firmeza y su profundidad queden de relieve. Si aplicamos, pues, esta ciencia a la Palabra de Dios y a las verdades de Dios, veremos que no hay ninguna otra rama del estudio de la Biblia que sea tan importante como ésta o que ofrezca tales promesas de un galardón sustancioso.

Estas leyes subyacen a toda buena traducción y son la clave de toda genuina interpretación. Mientras el lenguaje sigue su curso normal, de acuerdo con las leyes gramaticales que lo gobiernan, no hallamos nada que despierte o atraiga nuestra atención. Es algo parecido a lo que ocurre cuando viajamos en tren. Mientras todo marcha normalmente, no nos apercibimos de nada; nos dormimos, nos ponemos a leer, etc. Pero, cuando el tren retarda su marcha o se detiene inesperadamente, de inmediato preguntamos: «¿Qué pasa? ¿A qué fin esta parada?» Se baja una ventanilla; luego, otra, y otra y otra; se despierta la atención y se excita el interés. Exactamente lo mismo ocurre con nuestra lectura. Mientras las expresiones siguen su cauce normal, no nos damos cuenta. Pero, cuando súbitamente hay una desviación del curso normal, un cambio inesperado, los ojos se detienen, la atención se despierta y nuestra mente se pone a trabajar para descubrir por qué las palabras han toma-

do una nueva forma, cuál es el énfasis particular del pasaje y por qué se le da tal relieve al hecho referido o a la verdad expresada. En realidad, no es aventurado decir que, en el uso de tales figuras, es como si el propio Espíritu Santo estuviese marcando o subrayando en nuestras Biblias esos pasajes.

Este es el punto más importante en todo este asunto, porque las palabras que el Espíritu Santo usa no se pueden entender por medio de la sabiduría carnal. El hombre animal (1 Co. 2:14) no puede entender la Palabra de Dios, porque para él es locura. Una persona puede fijarse en un reloj de sol, admirarlo, alabar al artista que lo hizo, interesarse quizás en su entalladura o en los mosaicos que adornan su estructura; pero, si toma una lámpara o cualquier otra luz que lleve en su mano, podrá marcar en la esfera del reloj la hora que le plazca, nunca, empero, podrá saber o decir cuál es la verdadera hora del día. Solamente la luz que emana del sol que Dios colocó en el firmamento puede marcar la hora exacta. Lo mismo pasa con la Palabra de Dios. El hombre inconverso puede admirar su estructura, interesarse en su estilo literario, estudiar su historia, su geografía, incluso su profecía; pero ninguna de estas cosas le revelará su relación personal con el tiempo y la eternidad, sino sólo la luz que viene del Cielo. Solamente el Sol de justicia se lo puede decir. Por consiguiente, se puede afirmar de la Biblia lo que leemos de la Nueva Jerusalén: «*Y el Cordero es su lumbrera*». La obra del Espíritu Santo en este mundo consiste en conducirnos a Cristo para glorificar a Cristo. Las Escrituras están inspiradas por el Espíritu Santo; y el mismo Espíritu que inspiró las palabras en el Libro es el encargado de inspirar en el corazón las verdades en él contenidas, puesto que «*se han de discernir espiritualmente*» (1 Co. 2:11-16).

Sobre esta base, pues, hemos proseguido nuestro trabajo, y con esta pauta nos hemos esforzado por llevarlo a cabo. Tenemos entre manos las palabras que enseña el Espíritu Santo, cuyas obras son todas perfectas. «*Sumamente pura, acrisolada, es la palabra de Dios*» (v. Sal. 12:6; 19:8; 119:140). Son palabras humanas, cierto, pero purificadas como se refinan el oro y la plata en el crisol. Por eso, hemos de estudiar cada palabra; si así lo hacemos, pronto aprenderemos a decir, como Jeremías: «*Fueron halladas tus palabras y yo las comí; y tus palabras fueron para mí un gozo y la alegría de mi corazón*» (Jer. 15:16).

Quede así claro que no hay otra rama en el campo de los estudios bíblicos que sea tan importante como ésta; no obstante,

es triste tener que añadir que no hay otra rama de tales estudios que esté tan completamente descuidada como ésta. Como ha escrito John Vilant Macbeth, profesor de retórica, etc. en la Universidad de la Virginia Occidental: «No existe al presente en nuestro idioma ni un solo tratado, medianamente aceptable, sobre las Figuras —¿lo hay en algún otro idioma?—. No se trata de tal tema, a no ser en unas pocas páginas; los ejemplos que presentan son extremadamente triviales, y el concepto nuclear de lo que constituye las principales figuras de dicción es totalmente estrecho, erróneo y falto de base filosófica. El común de los escritores, aun los más capaces, está totalmente en la oscuridad en cuanto a la precisa distinción entre un *tropo* y una *metonimia*; y muy pocos, aun entre los escritores literatos, han oído siquiera lo que es una *hipocatástasis* o “implicación”, una de las figuras más importantes y que, además, nos envía de modo constante sus rayos de luz.»

Salomón Glasio (1593-1656), un judío convertido y teólogo famoso, publicó en Alemania (en 1625) su importante obra *Philologia Sacra*, en la que incluye un importante tratado sobre Retórica Sagrada. Ésta es la obra más completa de todas las publicadas sobre Figuras Bíblicas, pero está escrita en latín y jamás ha sido vertida a otro idioma.

Benjamín Keach (1640-1704) publicó en 1682 su *Troposchemalogia* o *Clave de las metáforas y tipos de la Escritura*. No tiene empacho en aprovecharse de la obra de Glasio, aunque escasamente le presta por ello ningún reconocimiento. Hay en esta obra mucho de bueno y útil, junto a otras muchas cosas que son producto únicamente de la fantasía.

J. A. Bengel (1687-1752) es el único comentarista que ha tomado en serio las Figuras de Dicción como clave para la interpretación y mejor inteligencia de las Escrituras. Esto es lo que presta un valor tan alto a su comentario al Nuevo Testamento, haciendo de él una obra excelente, única entre los comentarios.

Fuera de esto, muy poca cosa hay que merezca la pena de una mención. Así que podemos decir con justicia que los estudiosos de la Biblia no pueden hallar ninguna obra completa sobre el lenguaje figurativo en relación con la Palabra de Dios. Es cierto que hay tratados de retórica, pero la retórica trata de las figuras del lenguaje sólo en conexión con el objetivo de alcanzar una buena declamación, lo cual no entra en los propósitos del tema que nos ocupa.

Los traductores y comentaristas, por regla general, no se

han interesado en esta materia, sin faltar quienes la han ridiculizado. Hay, pues, una gran necesidad de una obra que trate con la extensión debida de este gran tema y que procure, dentro de lo posible, ordenar dentro de alguna clase de sistema (cosa que nunca se ha hecho por completo) las figuras de dicción, aplicándolas al estudio y mejor inteligencia de la Palabra de Dios. Las perlas y piedras preciosas que asomarán ensartadas serán exquisitas, por cuanto son divinas; y aun cuando el hilo que las ensarte sea humano, no por eso tendrá menos valor. La forma en que vamos a tratar el tema es nueva y exhaustiva. Nueva, porque es la primera vez que las figuras de dicción se toman como una rama de los estudios bíblicos; exhaustiva, porque incluye los hechos y las verdades que constituyen la base de la fe cristiana, así como los principios que sustentan la esencia misma de la Reforma.

Este estudio, sin una clara sistematización, resulta difícil para el lector corriente, porque, además de la dificultad que surge a causa de la escasez de obras sobre el tema, incluye otras tres dificultades, no menos graves, que han contribuido indudablemente a retraer de su estudio a los interesados por el tema, por grande que sea el afán que hayan abrigado al respecto.

La *primera* dificultad ha sido la *nomenclatura*. Todos los nombres de estas figuras están en griego o en latín. Pero esta dificultad puede obviarse grandemente mediante una sencilla explicación y con la sustitución de los nombres griegos o latinos por sus equivalentes castellanos.

La *segunda* dificultad es su *número*. Hemos catalogado más de 200 figuras distintas; pero, teniendo en cuenta que algunas de ellas poseen dos o más nombres, la cuenta alcanza la cifra de más de 500.

La *tercera* dificultad ha sido la ausencia completa de cualquier forma de *clasificación*. No parece ser que alguien las haya ordenado de forma satisfactoria. Si lo hicieron los griegos, no nos ha llegado de ello ningún informe. Las tres grandes divisiones en las que suelen clasificarse son como sigue:

I. Figuras de *etimología*, que consisten en desviaciones de la forma ordinaria de las palabras. Son unas 18 las figuras de esta clase. Las más conocidas son: 1) *aféresis* (corte al principio), como Salónica, en lugar de Tesalónica; 2) *sincope* (corte en el medio), como mascar por masticar; 3) *apócope* (corte al final), como Puri por Purificación.